

Arias Sánchez, Raúl Francisco

Juan Rafael Mora y las tres fases de la Campaña Nacional
Comunicación, vol. 19, 2010, pp. 60-68
Instituto Tecnológico de Costa Rica
Cartago, Costa Rica

Disponible en: <http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=16617134004>

Revista
Comunicación

Comunicación

ISSN (Versión impresa): 0379-3974

recom@itcr.ac.cr

Instituto Tecnológico de Costa Rica

Costa Rica

¿Cómo citar?

Número completo

Más información del artículo

Página de la revista

Juan Rafael Mora y las tres fases de la Campaña Nacional

Raúl Francisco Arias Sánchez

Resumen

La Campaña Nacional de 1856-1857 constituyó la respuesta del presidente Juan Rafael Mora a quienes, guiados por la doctrina del Destino Manifiesto, intentaban convertirse en el hegemón de la región de Centroamérica mediante la invasión filibustera. Mora combatió al filibusterismo a lo largo de dos campañas, así como a un enemigo interno en la llamada Tercera Campaña.

Abstract

Juan Rafael Mora and the three Stages of the National Campaign
Raúl Francisco Arias Sánchez

The National Campaign of 1856-57 constituted the repercussion of President Juan Rafael Mora to who, guided by the doctrine of Manifest Destiny, attempted to convert the Central American region in hegemony by the means of a filibuster invasion. Mora combated the filibusterism throughout two campaigns, in the same way an internal enemy named the Third Campaign.

HEGEMONÍA REGIONAL Y PODER SUREÑO: CAUSAS DE LA CAMPAÑA NACIONAL

A mediados del siglo XIX y desde la época de la Independencia, la Presidencia y el Senado de los EE.UU. estaban en manos del bando sureño, agrupado en el Partido Demócrata. Pero la situación tendía a cambiar drásticamente. La hegemonía sureña, garante a ultranza del sistema de producción de plantación algodónero y esclavista, enfrentaba una grave amenaza proveniente del norte. Los nortños, llamados “yankees” por los sureños, impulsaban el modelo económico industrializado, alimentado por una fuerza laboral libre y

asalariada, conformada por grandes masas de inmigrantes, especialmente irlandeses.¹

Los temores de los esclavistas se iban convirtiendo en una terrible realidad al organizarse los yankees abolicionistas y moderados² dentro del Partido Republicano, fundado en el año 1854, al desaparecer el Partido Whig de los EE.UU. Los republicanos aglutinaban una importante masa de votantes nortños que se oponían a la esclavitud, lo que creó una atmósfera de incertidumbre entre los demócratas sureños y los hacía temer la pérdida de las elecciones nacionales de 1860.

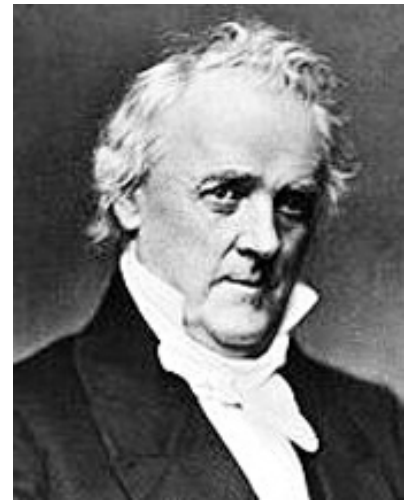
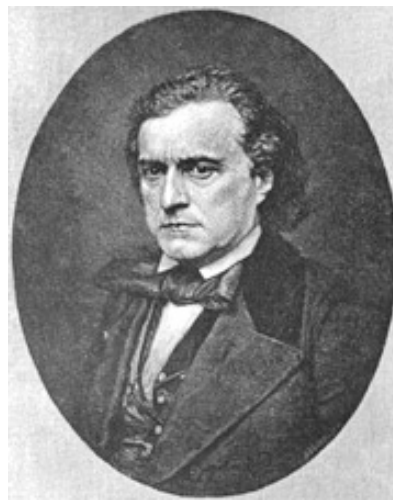
Arias Sánchez, Raúl Francisco..
Juan Rafael Mora y las tres fases de la Campaña Nacional.
Comunicación, 2010.
año/vol. 19, EDICIÓN ESPECIAL.
Instituto Tecnológico de Costa Rica. pp. 60-68
ISSN Impresa 0379-3974/ e-ISSN 0379-3974

PALABRAS CLAVE:

Destino Manifiesto, Filibusterismo, Federación Caribe, William Walker, Juan Rafael Mora, Campaña Nacional, Tercera Campaña, Costa Rica, Elite, Frente interno.

KEY WORDS:

Manifest Destiny, Filibusters, Federation of the West Indies, William Walker, Juan Rafael Mora, National Campaign, Third Campaign, Costa Rica, Elite, Home Front



Franklin Pierce, Pierre Soulé y James Buchanan. Fuente: Wikipedia.

Con la balanza electoral inclinándose en su contra y la aplicación del Tratado Clayton-Bulwer, firmado en 1850, los gobernantes sureños encabezados por el presidente Franklin Pierce, decidieron poner en práctica una política tendente a mantener el control político interno y, a la vez, convertir a los EE.UU. en el hegemón³ regional de Centroamérica y el Caribe.

Se trataba de desplazar el viejo poder hegemónico de Gran Bretaña, arrebatándole el dominio de la zona de Greytown, en el Caribe de Nicaragua e iniciando la construcción de un canal interoceánico que garantizaría el poder sobre el río San Juan y la vía del Tránsito. En apoyo al proyecto canalero, desde la Casa Blanca se impulsó entonces un plan de colonización de la zona de la Mosquitia nicaragüense, la cual cubría toda la región Caribe, incluyendo el río San Juan y la Barra del Colorado –siendo este territorio costarricense–, al tiempo que promovía en la prensa una campaña de apoyo popular al nuevo movimiento expansivo en Centroamérica.

“Ya es tiempo de que una raza de hombres del Norte suplante a la corrompida, bastarda y degenerada raza que tan terriblemente aflige a la América Central”, publicaba el periódico Washington Star en febrero de 1855.⁴ De esta forma se preparaba el camino para invocar una vez más la Doctrina Monroe y el Destino Manifiesto con miras a negociar el río San Juan solamente con Nicaragua, que era reconocido por Washington –muy convenientemente– como único propietario de la vía fluvial. En este sentido, el embajador Ephraim George Squier había trabajado durante años ante el gobierno nicaragüense para lograr el ansiado objetivo.⁵

Ante este escenario, en el cual Costa Rica estaba perdiendo su frontera norte, el gobierno costarricense, encabezado por don Juan Rafael Mora Porras, tuvo que enfrentar una situación difícil en los planos diplomático

y militar. Los gobernantes estadounidenses sabían que Mora y la elite económica costarricense eran exitosos socios comerciales de Gran Bretaña desde hacía muchos años, de manera que suponían como una misión imposible tratar con el gobierno de Mora el tema del canal interoceánico y la hegemonía regional en detrimento de los británicos.

El gran problema logístico por resolver por los estadounidenses era la ya vieja guerra civil que afectaba a Nicaragua, reactivada con nuevos bríos desde 1854, protagonizada por los partidos conservador (legitimista o granadino) y liberal (democrático o leonés). Cada uno de ellos reconocía una Constitución diferente y un mando político supremo igualmente distinto, lo que volvió caótico e inestable el escenario para que los EE.UU. pudiesen consolidar su proyecto hegemónico.

El embajador Squier se retiró de Nicaragua al fracasar en su misión de lograr un acuerdo estable entre los bandos que posibilitara efectivamente la construcción del canal interoceánico. En su lugar fue nombrado como embajador John Wheeler, quien cumpliría un papel determinante en los acontecimientos bélicos de 1856-1857.

Muy pronto el diplomático comprendió que la guerra entre conservadores y liberales no acabaría mientras estuviesen en una virtual paridad de fuerzas, por lo que escribió al Secretario de Estado, William Marcy, sugiriendo la posibilidad de ayudar militarmente a uno de los bandos para alcanzar cuanto antes la pacificación de Nicaragua. Con este propósito, Wheeler elaboró un plan en conjunto con otros estadounidenses residentes, como Charles Doubleday y Byron Cole, quienes mantenían una relación de amistad con los líderes liberales Máximo Jerez y Francisco Castellón.⁶

Marcy, en consulta con el presidente Franklin Pierce y Pierre Soulé, senador por el estado de Louisiana, decidieron aceptar el plan Wheeler de apoyar una expedición de fuerzas militares irregulares (no oficiales) en apoyo de los liberales de León, cuyo líder tendría la misión de pacificar Nicaragua, consolidar la construcción del canal en el río San Juan y, finalmente, lograr la unión de los países centroamericanos cuyos gobernantes acordaran por consenso formar parte de la Unión Americana bajo el dominio sureño. Cabe indicar que, años atrás, Soulé había elaborado un proyecto secreto, la Federación Caribe, para tomar Cuba y toda la cuenca del Caribe, con el objetivo de anexarla a la Confederación de Estados Sureños y ampliar así el territorio estadounidense; se garantizaría así la supremacía el voto pro-esclavista en el Colegio Electoral para las elecciones de 1860.

Con un amplio apoyo de la Confederación Sureña, liderada por el Secretario de Guerra Jefferson Davis, fue contratado William Walker para conducir el proyecto. Médico, abogado y aventurero sureño, Walker se había ganado un lugar en los diarios y la opinión pública por haber protagonizado en 1853 una invasión fallida al estado mexicano de Sonora mediante la cual pretendió establecer una pequeña república en el pueblo de San Vicente, adscrita a la causa sureña.

Evadiendo los controles federales portuarios, y gracias a la influencia de las autoridades de la Secretaría de Guerra, Walker salió de San Francisco, California, a bordo del *Vesta*, llevando armas, pertrechos de guerra y un grupo de 55 mercenarios al que denominaba la “Falange Americana”, aludiendo a la mítica y exitosa formación militar creada por los antiguos guerreros espartanos en Grecia.

En junio de 1855, el *Vesta* tocó tierra en el extremo hondureño del Puerto de Fonseca, de donde el grupo de filibusteros partió rumbo al pueblecito de El Realejo, en cuya plaza mayor y humilde ermita esperaba una comitiva compuesta por Charles Doubleday, un paisano suyo de apellido Livingston y una tropa de soldados leoneses al mando del capitán Félix Ramírez. Tras los saludos de rigor, todos se dirigieron a León, donde aguardaba una muchedumbre que abarrotaba la Catedral y la plaza, destacando en el atrio las figuras del presidente Castellón, Jerez y otros políticos. Ahí Walker recibió el nombramiento de Comandante en Jefe del ejército liberal con el rango de coronel efectivo, con lo cual se inicia un ascenso meteórico que lo llevaría a convertirse en presidente de Nicaragua en junio de 1856.

LA RESPUESTA DE COSTA RICA

Mientras en Nicaragua se consolidaba rápidamente el poder filibustero, en Costa Rica el presidente Mora, rico terrateniente, así como hábil y carismático en política, ejercía su segunda administración presidencial, lo que

generó reacciones negativas en el poderoso grupo opositor, dominado por la también rica familia cafetalera de los Montealegre. Los problemas políticos se combinaron con problemas comerciales de gran envergadura financiera, produciéndose una ruptura al interior de la elite, lo cual la dividió en dos facciones irreconciliables: mientras que los Iglesias, Aguilar y Tinoco se afiliaron con los Montealegre, los Escalante y Oreamuno lo hicieron con los Mora.

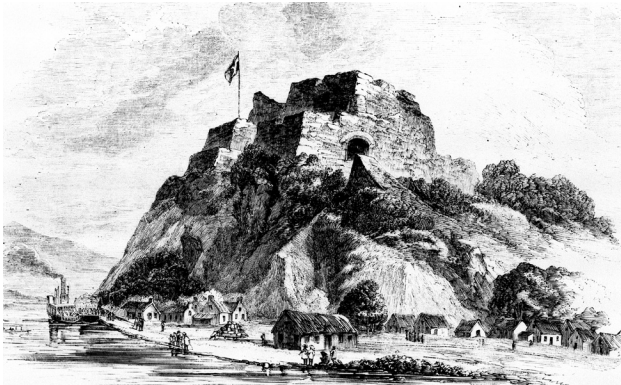
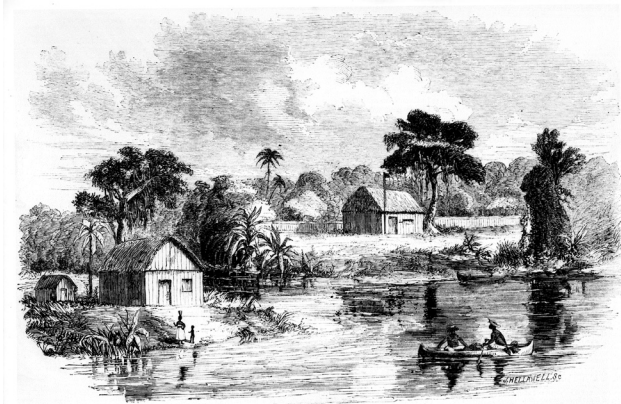
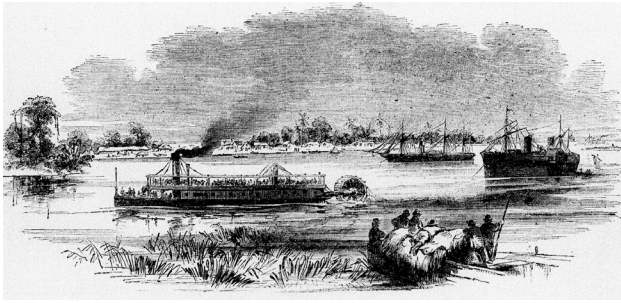
Cuando se presentó la amenaza del filibusterismo en Centroamérica, la brecha entre las facciones se hizo más evidente, pues el grupo que respaldaba a Mora apostaba por la guerra como única alternativa para vencer al poderoso enemigo estadounidense, en tanto que el grupo de los Montealegre se opuso desde el principio, argumentando que existía una incapacidad militar del país, así como la conveniencia de negociar con las autoridades nicaragüenses.

Cabe señalar que la mayor parte de la colonia alemana residente en el país manifestó al presidente Mora su apoyo en la Campaña por medio de una hermosa carta de solidaridad. En ella aparecen nombres tan importantes en los futuros acontecimientos del país como Carlos Hoffmann, Francisco Kurtze, Francisco Ellendorf, Guillermo Nanne, Juan Braun, Francisco Rohrmoser, Horacio Lutschaunig, Enrique Ellerbrock, Otto von Schröter, Julián Carmiol, Carlos Luthmer, Carlos Johanning y Víctor Gólcher.

Al estallar la guerra, el pueblo apoyó decididamente al presidente Mora y su política de defensa, gracias a la labor de convencimiento desarrollada por el obispo Anselmo Llorente y Lafuente y el clero en general, quienes alertaban desde los púlpitos acerca de la terrible amenaza que implicaba la presencia filibustera en Nicaragua. La historia demostró que la posición del presidente Mora fue la correcta, siendo la guerra la única alternativa posible. Muy a pesar de sus opositores, la figura de aquel hombre pequeño de cuerpo, regordete, afable y de temple extraordinario, ocuparía un sitio único e inmortal en el alma nacional de Costa Rica y de toda Centroamérica.

Surgido en esa coyuntura, la “Campaña Nacional” fue un término creado por el presidente Mora para definir la trascendencia de la guerra que había que librar en procura de garantizar la libertad centroamericana entre 1856 y 1857.

Las actividades de Walker y el apoyo dispensado por el embajador John Wheeler fueron denunciadas por los representantes diplomáticos de Inglaterra, Francia, Guatemala, Honduras y Costa Rica. Don Luis Molina Bedoya, nuestro embajador en los EE.UU., mantenía informado al presidente Mora de lo que acontecía en Washington; en noviembre de 1855 le aconsejaba que preparara a Costa Rica para la guerra, porque Walker planeaba tomar el país por la vía militar.



San Juan del Norte (Greytown), La Trinidad, Castillo Viejo y Fuerte de San Carlos, puntos estratégicos de la vía del Tránsito.

Fuente: Archivos MHCJS. Frank Leslie's Illustrated Newspaper (22-12-55, 21-6-56, 17-5-56 y 16-5-57, respectivamente).

Mientras tanto, en Nicaragua, Walker se había vuelto sumamente poderoso; había vencido a los conservadores para formar un gobierno títere, controlado políticamente por él y apoyado por un ejército conformado por estadounidenses y europeos, en el cual los nicaragüenses ocupaban los puestos menos relevantes. En realidad, la lucha no era ya entre liberales y conservadores, sino entre algunos grupos de nicaragüenses que adversaban a Walker—tanto conservadores como ex socios liberales del filibustero— y un gobierno controlado por los filibusteros.

Desde su posición de dominio del poder político con sede en Granada, Walker puso en marcha una estrategia diplomática, destinada a convencer a los gobernantes y miembros de las elites económicas centroamericanas de que sus propósitos estaban regidos por el único afán de establecer lazos de paz, concordia y relaciones comerciales entre los países de la región y de esta con los EE.UU. Pensaba que su plan de la Federación Caribe podría tener éxito si lograba reactivar el viejo proyecto unionista de la Federación Centroamericana, fracasado desde 1838, pero actuando él mismo desde Nicaragua como líder del proceso unificador.

La Campaña Nacional fue un conflicto que involucró tanto a Nicaragua como a Costa Rica y en menor medida los demás países centroamericanos y se presentó en dos fases de desarrollo estratégico militar.

La primera Campaña se extendió de marzo a abril de 1856; se inició con dos batallas libradas con éxito en el territorio nacional: la de Santa Rosa (20 de marzo), en Guanacaste, y la de Sardinal (10 de abril), río afluente del Sarapiquí. Culminaría con la célebre batalla de Rivas (11 de abril), tras la cual, víctimas de la peste del cólera, nuestras tropas debieron ser repatriadas.

Después de una tregua de varios meses, y superada la epidemia del cólera, se emprendió la segunda Campaña, también conocida como Campaña de Tránsito. Iniciada en diciembre de 1856 y culminada en mayo de 1857, comenzó con una batalla en el puerto de San Juan del Sur, con nuestros combatientes a bordo del bergantín Once de Abril (22 de noviembre de 1856). Esta sería sucedida por los enfrentamientos en el río San Juan, incluyendo el combate de La Trinidad (22 diciembre), la toma de los vapores filibusteros que recorrían el río (23 diciembre), los combates en el Castillo Viejo (16 febrero de 1857), el Fuerte de San Carlos (febrero-marzo) y la isla Ometepe (marzo-abril), para culminar con las batallas de San Jorge (marzo-mayo) y Rivas (abril-mayo), en las que se involucraron otros ejércitos centroamericanos. Walker se rindió el 1 de mayo de 1857.

A estas dos fases no me referiré en más detalle, pues sus hechos son bien conocidos y están minuciosamente narrados en la obra clásica de Obregón Loría (1991). Más



Personajes prominentes de la época y adversarios políticos del presidente Mora (exceptuando al último): Vicente Aguilar Cubero, Manuel José Carazo Bonilla, José María Montealegre Fernández, Julián Volio Llorente, Francisco María Iglesias Llorente y Francisco María Oreamuno Bonilla. Fuente: Archivos MHCJS y otras.

bien, deseo enfatizar los elementos principales de lo que puede considerarse como la tercera Campaña Nacional.

LA TERCERA CAMPAÑA: EL FRENTE INTERNO

Con la finalización de las operaciones militares en Nicaragua, se abriría un nuevo escenario de confrontación político-diplomática o fase de “guerra fría”, caracterizado por la pugna de intereses costarricenses, nicaragüenses

y estadounidenses, surgidos a raíz de la posesión del río San Juan y los puntos estratégicos de la vía del Tránsito por parte de Costa Rica.

Pero, para entender lo acontecido, es necesario retroceder un poco en el tiempo, a los meses previos al inicio de la Campaña Nacional.

Cabe señalar que la guerra emprendida por el presidente Mora en marzo de 1856 no fue aprobada por toda

la población. Cuando él lanzó sus proclamas llamando a las armas para defender la soberanía y la libertad con el apoyo de la Iglesia Católica, los enemigos de la causa nacional no se atrevieron a oponerse públicamente. Quizás pensaban que Walker y sus tropas derrotarían pronto a los costarricenses y, capturados o aniquilados Mora y sus generales, ellos tomarían el poder político y podrían negociar un acuerdo de mutua conveniencia con los estadounidenses.

Esta posibilidad se convierte en más que una suposición al observar un anuncio en la prensa (Crónica de Costa Rica, 7-4-1856), según el cual Vicente Aguilar, miembro del grupo opositor a Mora y futuro ministro de la administración Montealegre, aparece como agente local del comerciante esclavista P.W. Graves, quien ofrecía esclavos chinos a los hacendados costarricenses a buen precio.

El triunfo obtenido en la memorable batalla de Santa Rosa debe de haber provocado desilusión en los expectantes anti-moristas. Pero poco más tarde, la terrible y sangrienta batalla de Rivas –en la cual, no obstante derrotar a los filibusteros, hubo 140 muertos, 231 heridos y más de 8000 muertos debido al cólera–, renovó sus expectativas de promover una revolución en San José. Entre mayo y junio de 1856, los enemigos de Mora desataron una campaña de hojas sueltas y comentarios entre la población, en los cuales acusaban al presidente de ser el zar de Costa Rica, omnipotente y culpable de los desastres de la guerra, incluyendo el haber conducido al fracaso a un ejército sin la adecuada formación militar.

En junio, en momentos en que el cólera azotaba con fuerza a la población, el gobierno descubrió documentos de una conspiración para derrocar a Mora. Promovida por dos reconocidos miembros del grupo opositor, Saturnino Tinoco y Francisco María Iglesias Llorente, fueron apresados y hallados culpables. Sin embargo, el presidente cambió la pena de prisión o fusilamiento por el destierro. Iglesias partió hacia Guatemala, quien regresó cuando sus compinches lograron derrocar y expulsar a Mora y sus allegados, tres años después.⁷

La situación era tan grave que el 8 de julio de 1856 el cuerpo de soldados profesionales o veteranos –como se les conocía– publicó una hoja suelta dirigida al pueblo; en ella se denunciaba la existencia de un plan urdido en la capital en contra del gobierno, en el cual se implicaba a algunos militares notables. Al negar esto, los oficiales del ejército se manifestaron, comprometiendo su lealtad con el presidente Mora al señalar que:

“¡Ambiciosos miserables! Se olvidaban de que el pueblo conoce bien que el honor y la lealtad son nuestra divisa y que los veteranos de hoy no se corrompen con dinero, ni se compran con halagos; el pueblo sabe que nuestras espadas y nuestra sangre pertenecen sola y ex-



El magnate Cornelius Vanderbilt. Fuente: Archivos MHCJS.

clusivamente al Gobierno y a la Patria. (...) Sepan y tengan presente los que intenten trastornar la tranquilidad pública, entiendan los agentes del bandido Walker ó de cualquiera otro enemigo exterior, que nosotros y todo el ejército no tenemos más que una divisa, el honor; no tenemos más pabellón que el ennoblecido en las acciones del 20 de marzo y 11 de abril con la sangre de nuestros valientes compañeros, y que exhalaremos gustosos nuestro último aliento a los gritos de ¡viva Costa Rica!, ¡viva nuestro Presidente Mora, ¡viva nuestro general! y muerte al filibustero y a los traidores que intenten venderle nuestra cara patria”⁸

El documento revela sin lugar a dudas la existencia de un movimiento interno, ligado con los intereses filibusteros, que procuraba cambiar el estado de cosas con intenciones de negociar o, como dicen los veteranos en su comunicado, venderle la patria al filibustero.

En agosto de 1856, cuando la epidemia del cólera ya había cerrado su ciclo de muerte y horror, el gobierno decidió reanudar la guerra, organizando la segunda campaña, cuyo objetivo era tomar el río San Juan y los barcos que abastecían a las fuerzas filibusteras desde los EE.UU. Para noviembre ya estaba preparada la estrategia, para la que se contaba con la participación del marino Sylvanus Spencer, experto enviado por el magnate Cornelius Van-

derbilt como forma de colaboración en la guerra y, a la vez, para tener la oportunidad de recuperar los barcos de la Compañía Accesorio del Tránsito, que Walker le había incautado.

Spencer llegó a Costa Rica acompañado por el inglés William Clifford Webster, quien se presentó ante el presidente Mora como socio del magnate neoyorkino Vanderbilt y le mostró una carta de recomendación de Luis Molina, nuestro embajador en Washington. Para Mora, tanto Webster como Spencer eran hombres de confianza de Vanderbilt, de manera que no había motivo para sospechar de ellos. Así, mientras Spencer se involucraba en los planes militares que el Estado Mayor afinaba para la zona del río San Juan, Webster proponía al gobierno un convenio de préstamo o contrata mediante la cual el país recibiría un millón de pesos, con el cual podía solventar el enorme déficit financiero que habían causado la guerra y el cólera.

Entre noviembre de 1856 y mayo de 1858, Webster propuso tres contrataciones al gobierno, sin que ninguna se concretara, al tiempo que nuestro ejército tomaba con éxito la vía del Tránsito. En realidad, Webster era un farasante, y posiblemente actuaba por órdenes del mismo Vanderbilt, e hizo idénticas propuestas al gobierno nicaragüense. Para nuestros gobernantes, la posibilidad de obtener dinero mediante una contrata favorable –como lo exponía Webster– era una oportunidad que no podía desaprovecharse, al margen de los atestados personales del proponente.

En este asunto hay que considerar la situación de guerra mantenida por el gobierno. Se trataba de tomar y mantener el control sobre la totalidad del río San Juan, rechazando los intentos de las tropas filibusteras por retomar las posiciones clave, como Greytown, Punta Hippi, el Castillo Viejo y el Fuerte de San Carlos. Al mismo tiempo, otras tropas actuaban en suelo nicaragüense, al mando del general José María Cañas, combatiendo en conjunto con los ejércitos centroamericanos.

Algunos autores han criticado la actitud del presidente Mora por aceptar las contrataciones con Webster de manera expedita, sin garantizar las ventajas para el gobierno; pero estos no consideran la gravedad del momento para la estabilidad política y financiera del país, además de que, ante Mora, Webster tenía sobradas garantías de ser persona honesta y hasta el propio embajador Molina lo había recomendado, de modo que no había razón para dudar de él.⁹

Como curiosidad, cuando se reanudó la guerra y las tropas partían rumbo al río Sarapiquí para llegar al San Juan, sucedió un hecho en las cercanías de la Plaza Principal que evidenció la permanencia no solo de nacionales sino también de extranjeros que apoyaban la causa de Walker. En enero de 1857, en el hotel del señor Barfufs,

en la capital, departaban unos alemanes con unos costarricenses comentaban acerca de la reanudación de la guerra, de pronto Fernando (o Federico) Schlessinger, natural de Austria, afirmó a viva voz que Walker era el hombre más valiente, más civilizado y el más grande reformador que existía, que nuestras tropas regresarían “cagadas por Walker”, y que él se alegraba cada vez que llegaban noticias anunciando triunfos filibusteros.¹⁰ Estando en esas, llegó el alemán Guillermo Luthmer, joven de 25 años, quien de inmediato salió en defensa del gobierno costarricense y del presidente Mora, diciéndole que él no era digno de permanecer en el país que lo había acogido, tras lo cual salieron a la calle y se trenzaron a golpes, resultando ambos con golpes y moretones en la cara.

La actitud de Schlessinger –quien, curiosamente, tenía el mismo apellido del hombre que comandó las tropas de Walker en Santa Rosa– revela que algunos extranjeros actuaban como espías de Walker. Entre 1857 y 1859, varios agentes del gobierno estadounidense llegaron a Costa Rica con la misión de recabar información de los planes estratégicos del gobierno e informar a Lewis Cass, Secretario de Estado. Entre ellos, disfrazados como portapliques oficiales, figuraron Thomas Francis Meagher y William Carey Jones, quienes en sus comunicaciones clasificadas como “confidenciales”, transmitían información obtenida en reuniones con los enemigos locales del presidente Mora.¹¹

Retornando a lo que ocurría en territorio de Nicaragua, el recién nombrado presidente Tomás Martínez exigió de Costa Rica la devolución inmediata de Punta Castilla (en Greytown), el Castillo Viejo y el Fuerte de San Carlos, así como la totalidad de los barcos incautados a los filibusteros. Tan intransigente posición contó con el respaldo absoluto e incondicional del gobierno de los EE.UU., que consideraba que la vía del Tránsito y el río San Juan en su totalidad tenían que ser propiedad exclusiva de Nicaragua; no le satisfacía que una parte estuviese en manos de Costa Rica.¹²

Mora, el hombre más admirado en Costa Rica y Centroamérica, se mantuvo atento a los movimientos que realizaba Walker en los EE.UU. para reorganizar sus fuerzas e intentar una nueva invasión; de hecho, formaba parte de un consejo militar integrado por representantes de los países de Centroamérica para vigilar bien sus fronteras.

Ante el peligro inminente de una nueva incursión filibustera por la costa caribeña nicaragüense, el ejército costarricense debió mantener su presencia militar en el río San Juan, controlando el Castillo Viejo y el Fuerte de San Carlos. Sin embargo, el presidente Martínez y su ministro Máximo Jerez –antiguos socios de Walker– iniciaron una política de recuperación de sus posesiones, exigiendo la salida de las tropas costarricenses de su territorio. Esto creó condiciones de abierto enfrentamiento, en las que Nicaragua amenazaba con establecer una alianza con los

EE.UU. para atacar a Costa Rica; incluso los pobladores de Granada y San Carlos trataban mal y llamaban “filibusteros negros” a los soldados costarricenses.¹³

La amenaza del gobierno nicaragüense de establecer una alianza con los EE.UU. en contra de Costa Rica no era solo una bravuconada, en realidad, tenía mucho sentido, si se toma en consideración que, desde muchos años antes de que los filibusteros llegasen a Nicaragua, ya la política exterior norteamericana pretendía mediar a favor de Nicaragua con respecto a la posesión del río San Juan, garantizándose así la construcción del canal interoceánico con capital y dominio estadounidense. Sin perder de vista este objetivo geopolítico, a lo largo de toda la guerra en contra de los filibusteros la Casa Blanca había aludido continuamente a una supuesta neutralidad en el conflicto, aunque en secreto apoyaba las acciones emprendidas por los simpatizantes de la causa sureña en Nicaragua.

Así, para finales de noviembre de 1857, mientras Walker reorganizaba la empresa filibustera para una nueva invasión, la administración del presidente James Buchanan tomaba partido a favor de Nicaragua, intentando dar un nuevo aire al proyecto de la Federación Caribe. Se despejaba así el camino para que con su nueva incursión Walker pudiese recuperar el río San Juan sin toparse con la capacidad militar y la fortaleza del ejército costarricense.

La posición abiertamente hostil del gobierno de Washington obligó al presidente Mora y su gobierno a tomar una serie de medidas urgentes tendientes a reforzar la economía nacional, tan maltrecha y golpeada por los efectos de la guerra. Pero también comprendía la necesidad de mantener un ejército fuerte, capaz de contener en nuestra propia frontera no sólo a las tropas filibusteras –las cuales se sabía que regresarían–, sino también a las tropas nicaragüenses, que amenazaban con ingresar por Sapoá para intentar apoderarse de la región de Guanacaste; además, amenazaban con tomar el puesto de La Trinidad –en la confluencia de los ríos San Juan y Sarapiquí–, y penetrar por el Sarapiquí para tomar la región de San Carlos y anexarla al territorio nicaragüense.

Consciente de que la actitud belicista de Nicaragua bien podía convertirse en una grave y terrible posibilidad –puesto que contaba con la simpatía de los EE.UU.– el presidente Mora decidió firmar una tercera contrata con Webster. Al fin de cuentas, Webster fue acusado en los EE.UU. por estafa en contra de un ciudadano estadounidense, con lo cual quedaron sin efecto los contratos firmados con Costa Rica.

Mientras tanto, la larga posesión ejercida por las tropas costarricenses en el río San Juan causaba un creciente malestar entre los nicaragüenses; a esta se aunaba el hecho de que, por voluntad propia, algunos residentes de

la ciudad de Granada le solicitaron al general José María Cañas la posibilidad de que la región sur de Nicaragua pudiese anexarse a Costa Rica.¹⁴

Todas estas circunstancias indujeron al presidente Martínez a acusar a Costa Rica de tener intenciones imperialistas, declarándonos la guerra el 19 de octubre de 1857. Por fortuna el asunto no pasó a más, gracias a las negociaciones emprendidas por el general Cañas en Nicaragua y la posterior firma del Tratado Cañas-Jerez, en abril de 1858. Por medio de este Nicaragua logró que se le reconociese formalmente como propietaria absoluta del río San Juan, debiendo conformarse Costa Rica con tener acceso restringido a la libre navegación.

Superada la crisis fronteriza con Nicaragua, aunque fuese a costa de perder los derechos patrimoniales sobre el río San Juan, el presidente Mora siguió gozando de gran popularidad y prestigio en los planos nacional e internacional, incluso ganó las elecciones y asumió el gobierno el 8 de mayo de 1859. No obstante, las intrigas y acciones de sus enemigos políticos desembocaron en su derrocamiento, el 14 de agosto siguiente. Este fue efectuado por los comandantes de los dos cuarteles que había en San José, los generales Máximo Blanco y Lorenzo Salazar.

Año y un mes más tarde, el salvador de la libertad y la nacionalidad costarricense y centroamericana, pagaba con su vida por haber luchado en contra del poder expansionista del Destino Manifiesto y sus socios criollos.

NOTAS

- 1 Ferguson (2002), p. 35.
- 2 Los abolicionistas eran radicales en erradicar la esclavitud, mientras que los moderados aceptaban la esclavitud en donde ya existía, pero no en los nuevos territorios.
- 3 Término acuñado por el profesor Joseph Nye (Universidad de Harvard), para identificar a una potencia que se orienta por la senda de convertirse en superpotencia.
- 4 Obregón Quesada (1994), p. 167.
- 5 Fernández Guardia (1985) afirma que Squier no simpatizaba con Costa Rica por su cercanía con los británicos (p. 266). No obstante, más que una actitud personal, se manifestaba una política internacional del gobierno de los EE.UU.
- 6 El propio Doubleday (1886) fue uno de los emisarios nombrados por los liberales para recibir a Walker en El Realejo.
- 7 Este acto pudo haberse considerado como traición a la patria, dado que aún se estaba en guerra con los filibusteros. Es decir, Mora perdonó a quienes después no tuvieron compasión alguna con él.
- 8 Gobernación-23426 (Archivo Nacional).
- 9 Al respecto, Woodbridge (1967) enfoca los hechos relacionados con los contratos, pero no analiza el contexto bélico ni la situación del gobierno.

- 10 Gobernación-4630 (Archivo Nacional).
 - 11 Obregón Quesada (1994), p. 236.
 - 12 Obregón Quesada (1994), p. 200.
 - 13 Cardona (1940). Combatiente de nuestro ejército con el grado de Capitán, Alejandro Cardona Llorens era un músico y barbero nacido en las islas Baleares, Su testimonio no se publicó sino en 1940.
 - 14 Woodbridge (1967), p. 34.
- Cardona, A.. (1940). Apuntamientos históricos. Revista de los Archivos Nacionales. Año IV: 66-85.
- Doubleday, C. W. (1886). Reminiscences of the filibuster war in Nicaragua. G.P. Putnam's Sons. New York. 227 p.
- Ferguson, N. (2002). Colossus. The Price of America's Empire. 98 p.
- Fernández Guardia, R. (1985). Viajeros por Costa Rica en el siglo XIX. Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA). San José, Costa Rica. 583 p.
- Manning, W. (1931). Correspondencia diplomática entre los EE.UU. y Centroamérica: 1836-1860. Departamento de Estado, EE.UU. V. I.
- Obregón Loría, R. (1991). Costa Rica y la guerra contra los filibusteros. Museo Histórico Cultural Juan Santamaría. Alajuela, Costa Rica. 409 p.
- Obregón Quesada, C. (1994). El río San Juan en la lucha de las potencias (1821-1860). Editorial Universidad Estatal a Distancia. San José, Costa Rica. 309 p.
- Woodbridge, P. (1967). Los contratos Webster-Mora. Editorial Costa Rica. San José, Costa Rica. 95 p.

BIBLIOGRAFÍA

- Argüello, M. (1898). La trinchera y otros relatos. En: Páginas de Historia. Imprenta El Figaro. San José, Costa Rica. 320 p.
- Arias Sánchez, R. (2002). Del Protomedicato al Colegio de Médicos y Cirujanos: 145 años de Historia. Colegio de Médicos y Cirujanos de Costa Rica. San José, Costa Rica. 375 p.
- Arias Sánchez, R. (2007). Los soldados de la Campaña Nacional de 1856-1857. Editorial Universidad Estatal a Distancia. San José, Costa Rica. 398 p.

